

Marisa prepara el desayuno para Marina con dulzura.

Su hermana trabajaba en CASA, Construcciones Aeronáuticas S. A., y siempre les gustaba bromear con eso, diciendo sólo las siglas para crear ambigüedad.

Ahora trabajar desde casa se había vuelto algo habitual, pero antes era sinónimo para muchos de no trabajar, como si las tareas del hogar no requirieran esfuerzo.

El reivindicar el trabajo de las amas de casa había sido una de sus primeras labores de compromiso social.

Cuando alguien decía que una mujer no trabajaba, le demandaba qué tareas realizaba diariamente en el hogar.

En muchos casos eran ellas mismas, aún con hijos y personas ancianas a su cargo, las que se conformaban con su injusta situación y reitaraban no haber trabajado jamás.

El mundo entero estaba lleno de mujeres esclavas, esclavizadas y esclavizadoras, pues ellas mismas se afanaban en convertir a sus hijas en víctimas de la guerra machista que se fraguaba desde hacía siglos.

Afortunadamente para ella, su madre no era así.

Se trataba de una mujer que había participado de las revueltas estudiantiles de los años sesenta contra la dictadura y conocía muy bien los mecanismos que utilizaba el poder para lograr la sumisión del pueblo.

Gracias a haber tenido a su lado a una feminista velando por su bienestar, había logrado desarrollarse sin traumas ni complejos.

En realidad las propias madres ignorantes y sumisas se convertían en el verdugo de sus hijas, a las cuales trataban de cortar por su mismo patrón, como si sus cuerpos les pertenecieran mientras ningún hombre lo reclamara como propiedad privada.

Mano de obra gratuita, eso era lo que realmente ofrecían todas y cada una de las hembras humanas.

Siempre corriendo, afanándose por lo que fuera con el fin de sentirse útiles y satisfacer a los demás.

La palabra era esclavitud, pero elevada al máximo exponente, puesto que el tráfico de mujeres destinadas a la prostitución, unos tres millones al año, equivalía al del comercio de esclavos africanos durante todo un siglo.

Daba igual de qué lugar del planeta se tratase, pues todos funcionaban exactamente igual.

A las niñas, desde muy pequeñas, se les ponía una escoba en la mano, mientras sus hermanos jugaban a la pelota.

De ahí venía el éxito mundial del fútbol.

La burla absoluta hacia las mujeres consistía en hacer creer a la gente que cualquier varón podría llegar a hacerse millonario dándole patadas a un balón.

Así las ventas de los jugadores alcanzaban cifras astronómicas y se hacían públicas con ese perverso objetivo.

Además el presidente del Real Madrid, un gran experto en la materia, había mostrado al país que los hombres también podían hacerse ricos sin trabajar comprando y vendiendo propiedades inmobiliarias, a condición de sobrevalorarlas.

Así se encontraba España, en la ruina, con los españoles rascándose la cabeza, preguntándose aún si es que había habido algún fallo en su sistema económico.

Pero el que se encontraba completamente errado era el social, y seguiría estándolo porque el resto de países europeos funcionaban exactamente igual; es decir, a base de violencia de género.

Si en Francia morían aún más mujeres víctimas de malos tratos que aquí, no quería ni imaginar lo que sucedía en Alemania.

Ahí radica el nazismo, se dice mientras remueve dulcemente el chocolate.